

LUCAS 21,5-38

TEXTO

«⁵Y, a **algunos** que decían a propósito del Templo que estaba adornado de hermosas piedras y de bellos monumentos votivos, dijo: ⁶“*Estas cosas* que contempláis, vendrán días en los que no quedará piedra sobre piedra que no sea derruida”.

⁷Pero le preguntaron: “¿**Maestro**: cuándo, pues, serán *estas cosas* y cuál [será] la señal de que está a punto de pasar *estas cosas*?”.

⁸Pero **él** dijo: “¡Mirad! ¡No os dejéis engañar! Porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: ‘Yo soy y el tiempo está cerca’. ¡No vayáis detrás de ellos!”

⁹Pero cuando oigáis hablar de guerras y desórdenes, no os asustéis, porque es preciso que pasen primero *estas cosas*; pero el fin no [será] enseguida”.

¹⁰Entonces les decía: “Un pueblo se levantará contra otro pueblo y un reino contra otro reino; ¹¹habrá grandes terremotos y, en diversos lugares habrá hambres y pestes, acontecimientos terroríficos y grandes señales venidas desde el cielo.

¹²Pero antes de *todas estas cosas*, os echarán su mano sobre vosotros y os perseguirán, **entregándoos** a las sinagogas y cárceles, conduciéndoos ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre. ¹³Os sucederá para [que deis] testimonio.

¹⁴Proponeos, pues, en vuestros corazones no preocuparos de antemano de vuestra defensa.

¹⁵Porque **yo** os daré elocuencia y sabiduría contra las que no podrán resistir ni replicar todos los que se os oponen.

¹⁶Pero **seréis entregados** también por padres y hermanos y parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros. ¹⁷Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre.

¹⁸Y ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. ¹⁹Por vuestra perseverancia ganaréis vuestras almas.

²⁰Pero, cuando veáis a Jerusalén cercada por ejércitos, sabed entonces que su desolación está cerca. ²¹Entonces, los que [estén] en Judea huyan a las montañas, y los que [estén] dentro de ella [Jerusalén] aléjense, y los del campo no entren en ella.

²²Porque estos son días de venganza para ser cumplido todo lo [que está] escrito.

²³¡Ay de aquellas que estén encintas y de las que estén amamantando en aquellos días! Porque habrá una gran calamidad sobre la tierra y cólera contra **este pueblo**. ²⁴Y caerán a espada de doble filo, y serán llevados como cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por las naciones, hasta que sean cumplidos los tiempos de las naciones.

²⁵Y habrá señales en el sol y la luna y las estrellas, y sobre la tierra se congregarán angustiadamente las naciones aterrorizadas por el estruendo del mar y su agitación; ²⁶se sentirán agotados los humanos por el miedo y la espera de lo que va a sobrevenir sobre la tierra habitada; porque las fuerzas de los cielos serán quebrantadas.

²⁷Y entonces **verán al Hijo del hombre llegar sobre las nubes con gran poder y gloria**. ²⁸Pero, en comenzando a suceder *estas cosas*, incorporaos y alzad vuestra cabeza, porque se acerca

vuestra liberación”.

²⁹Y les dijo una parábola: “Mirad la higuera y todos los árboles; ³⁰cuando ya brotan, sabéis al verlos que el verano está ya próximo. ³¹Así también vosotros, cuando veáis que suceden *estas cosas*, sabéis que **el reino de Dios está cerca**. ³²En verdad os digo que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda. ³³El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

³⁴Pero tened cuidado de vosotros mismos, no sea que se tornen pesados vuestros corazones por el libertinaje, la embriaguez y las preocupaciones de esta vida, y que aquel día venga sobre vosotros de improviso, ³⁵como una trampa. Porque sobrevendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra.

³⁶Pero velad, suplicando en todo tiempo, para que tengáis fuerzas para escapar de *todas estas cosas* que van a producirse y para manteneros de pie ante **el Hijo del hombre”**.

³⁷Pero, durante el día, **estaba enseñando** en el Templo pero por las noches, tras salir [de la ciudad], acampaba en el monte llamado de los Olivos.

³⁸Y **todo el pueblo** madrugaba [para ir] donde **él**, en el Templo, para escucharlo».

COMENTARIO

.- Vv. 5-6: Según diversos autores antiguos, entre ellos Flavio Josefo, la belleza del templo de Jerusalén y de su entorno era legendaria. En este instante, los interlocutores de Jesús expresan un sentimiento de admiración por la obra humana. Al predecir la destrucción del Templo, Jesús los contradice ciertamente, pero habla de la misma realidad que ellos. Si, según 19,43-44, Jesús había ya anunciado la caída de Jerusalén, aquí, en el v. 6, predice el de su espacio más sagrado. Tanto en un caso como en el otro, no quedará «piedra sobre piedra». Lucas no concibe este oráculo como una declaración simplemente pesimista (*sic transit gloria mundi*), sino como la expresión profética de la voluntad de Dios.

.- Vv. 7-9: Los interlocutores de Jesús le formulan una doble pregunta. La del «¿cuándo?», es similar a la de 17,20; la de la «señal» recuerda la de 11,16. La petición de un signo revela a menudo en Israel una falta de confianza en la divinidad, pero el Dios de los padres no es avaro en dar signos a los que tienen su fe puesta en él.

Jesús no se opone frontalmente a su doble demanda. Pero tampoco la aprueba: hay malos maestros en quienes no se puede confiar. El v. 8 es polémico y hace referencia a ciertos profetas cristianos. Dirán: «Yo soy». Esta formulación podemos comprenderla de tres maneras. Una, absoluta, que actualiza la identidad de Dios, el tetragrama. Segunda: aplicada a Jesús como fórmula de reconocimiento, relaciona al Nazareno con el Mesías (cf. la respuesta de Jesús al sumo sacerdote en Mc 14,62: «Yo soy»). Tercera: referida a los testigos de Cristo, manifiesta la autoridad y la inspiración. Lucas opta por la tercera solución: piensa en mensajeros falsos, y desconfía de su pretensión apostólica y de su mensaje apocalíptico. Al añadir por su cuenta «el tiempo está próximo», expresa su hostilidad respecto a una facción del cristianismo primitivo que cree disponer del calendario apocalíptico. No hay que seguir a esa gente, ciertamente, piensa Lucas: «No vayáis detrás de ellos».

Luego resuena la voz de Jesús, única y verídica: habrá guerras y revoluciones. Pero no debéis sentir miedo ante ellas. La expresión «guerras y desórdenes» sigue al anuncio del v. 6 y prepara la amplia descripción de los vv. 20-24. Estos acontecimientos deben producirse. El «es preciso», inserta esta catástrofe dentro del designio de un Dios que domina no solo el final, sino también el principio y el centro de la historia. Al rechazar la inminencia, al historizar ciertos acontecimientos que otros consideraban como apocalípticos, Lucas no da la espalda a

la escatología, sino que la organiza según lo que cree que es el designio divino.

.- Vv. 10-11: Lucas introduce aquí una larga cita de su material propio. Aunque el evangelio reúne «a las naciones» en un plural prometedor de perdón y unidad (cf. 24,47), las presenta aquí separadas, opuestas unas a otras. La hostilidad es tal que el resultado solo puede ser una derrota doble. El texto menciona entonces tres desastres más: terremotos, hambrunas y epidemias de peste. Son corrientes en la literatura apocalíptica. Menos corriente es la yuxtaposición entre «acontecimientos terroríficos» y «señales». El primer término alude a la tierra y al terror; el segundo, al cielo y a los mensajes divinos.

.- Vv. 12-19: De la desgracia apocalíptica que golpea a todos, el texto separa la prueba que se abate «sobre vosotros», es decir, sobre la comunidad cristiana. Las persecuciones han comenzado ya. Lucas lo dice sin ambigüedad: «antes de todas estas cosas» (v. 12). No es fácil saber qué sufrieron los cristianos del siglo I: ¿marginación social, abusos administrativos, denuncias a las autoridades locales o a las romanas, procesos y linchamientos? Un vocabulario común se encuentra en este pasaje: «poner la mano sobre»; «perseguir» física o judicialmente; «entregar a»; «ser llevado para comparecer delante de»; nombres de autoridades: «rey» o «emperador», «gobernador»; lugares donde las detenciones se producen, se hacen los interrogatorios o se pagan las penas, aquí «sinagogas» y «prisiones» (v. 12). Para Lucas la persecución tiene un solo origen y es más que honroso: la unión al nombre de Jesús; y desemboca en un primer resultado: el testimonio (v. 13).

Se trata de un momento que debe ser preparado, como un acusado prepara su defensa con la ayuda de su abogado. La actitud que es preciso adoptar para dar testimonio debe ser el objeto de todas las preocupaciones: «Proponeos, pues, en vuestros corazones» (v. 14). El consejo resulta paradójico: la mejor preparación, dice Jesús, es no prepararse; la preocupación que hay que tener, es no preocuparse (v. 14). Pero Lucas no preconiza la improvisación; exige la despreocupación («no preocuparse de antemano», v. 14) para dejar sitio a la intervención del «yo» crístico. Jesús, concebido como el Resucitado que actúa por medio de su Espíritu Santo, es un «abogado» que concederá «elocuencia y sabiduría» (v. 15). Desde ese momento, todos los oponentes de la tierra «no podrán» nada contra vosotros, ni contra la sabiduría que Jesús habrá puesto en vuestras bocas. Vuestra defensa estará totalmente lista.

Viene después una segunda ola que precisa el origen trágico de la oposición (vv. 16-19): padres y amigos. En 12,52-53, el lector había ya aprendido que el mensaje de Jesús iba a crear divisiones familiares. Aquí, debido a su compromiso, los discípulos son amenazados por su propia familia y por el círculo de sus amigos. El vocabulario es de una violencia extrema: «serán entregados» y «conducidos a la muerte» por aquellos que aseguran comúnmente protección y bienestar. No se trata de homicidios, sino de condenas a muerte como respuesta a denuncias familiares: el verbo «llevar a la muerte», «condenar a muerte», es la continuación de «entregar». Jesús, que les ha exigido que «odien» a su familia (14,26), constata que el odio suscita el odio. Al haber cortado los puentes, los cristianos provocan como respuesta su propio rechazo: «Seréis odiados a causa de mi nombre» (v. 17). Como en el v. 12, es la unión con el «nombre» de Jesús -la condición de discípulos de Cristo- la que está en el origen de la hostilidad y del odio. Lucas se empeña en distinguir dos odios: el primero, metafórico, expresa la intransigencia social a la que conduce la adhesión al Evangelio; el segundo, real, designa la oposición social suscitada por una fe vigorosa.

Lucas pone como defensa de esta explosión de violencia una protección divina incondicional: «Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá» (v. 18). ¿Cómo dar cuenta de la paradoja? Comencemos por entender la frase del v. 18 aisladamente. Lucas había caracterizado ya la divina providencia así: «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están totalmente contados. No temáis» (12,7). Al final de los Hechos, hará decir a Pablo para calmar la tripulación del barco en

trance de perderse: «Por eso os aconsejo que toméis alimento, pues os conviene para vuestra propia salvación; pues ninguno de vosotros perderá ni un solo cabello de su cabeza» (27,34). Lucas repite, pues, una expresión bíblica que se encuentra por vez primera en 1Sm 14,45. La expresión, vigorosa y expresiva, se refiere a la protección física de Dios en esta vida. En opinión de Lucas, lo único que cuenta a largo plazo es la Providencia. Esta interpretación, este sentido doblemente figurado (del cabello a la vida, y de la vida en esta tierra a la vida eterna), queda confirmada por el versículo siguiente: «ganaréis vuestras almas» (v. 19). Otro versículo lucano, 9,25, que juega con las categorías de pérdida y ganancia, nos ayuda a comprender esta expresión. No se trata de adquirir lo que aún no se posee, sino de establecer para siempre el derecho de propiedad. Ello no se consigue sin «perseverancia». El texto lucano sobre las persecuciones (vv. 12-19) tiene, pues, dos puntos cimeros: una promesa (la vida) y una orden terminante (perseverancia). Hace falta «perseverancia», decisión y voluntad hacia todo y contra todo, para superar cualquier oposición y unirse con Dios, con el que jamás se ha roto el contacto.

- Vv. 20-24: Lucas cuenta aquí la toma de Jerusalén, y lo hace en términos más militares que religiosos. La ciudad santa será «cercada por ejércitos» (v. 20), luego «pisoteada por las naciones» (v. 24); sus habitantes «caerán a espada de doble filo» y serán llevados cautivos a todas las naciones» (v. 24). El texto mantiene estrictamente el carácter histórico de la caída de Jerusalén. Expresa también el aspecto geográfico: todo ello ocurrirá en «Jerusalén», mencionada dos veces (vv. 20,24), por tanto, «en la tierra» (v. 25). Este destino representa el cumplimiento del anuncio profético hecho por Jesús de las guerras que habrán de venir (vv. 9,10). Sin ser escatológica, la caída histórica de Jerusalén corresponde al designio de Dios y constituye una etapa que conduce al fin y a la «liberación» última (v. 28). La cercanía del uno («su desolación está cerca», v. 20) precederá a la otra («se acerca vuestra liberación», v. 28). Lo que Lucas escribe de la caída de Jerusalén, el asedio de la ciudad, los ejércitos que la cercan, los intentos de fuga, los movimientos desordenados provocados por el pánico, la suerte de las mujeres embarazadas y de las madres recientes, las matanzas y los desplazamientos de población, todo esto se parece demasiado a la descripción de Josefo para no reflejar la experiencia del drama del año 70.

Hay que mencionar dos últimos puntos: 1. En el v. 21, hay tres imperativos que ofrecen una posibilidad de escapar de la tragedia. Los tres invitan a romper cualquier tipo de vínculo con la ciudad: huyendo a las montañas, abandonándola o renunciando a entrar en ella. En el v. 23 ni siquiera se trata de un imperativo, sino de una constatación y de un lamento: ¡cuán dignas de compasión serán las que en otros momentos brillaban de alegría! Las mujeres embarazadas y las madres recientes, portadoras de nuevas vidas, serán dignas de conmiseración. El ay inicial de las maldiciones (6,24-26) ha sonado muchas veces en el Evangelio. En este pasaje (v. 23) resuena una vez más como una advertida decisiva. 2. La expresión enigmática «los tiempos de las naciones» (v. 24) supone que la humillación duradera de Jerusalén, su desolación, tendrá un término. Se terminará al cumplimiento del «tiempo de las naciones».

- Vv. 25-28: Lucas introduce aquí a sus lectores en el espacio apocalíptico. Dos acontecimientos se desarrollarán ahí: a) cielo y tierra señalarán la inminencia del fin por conmociones significativas; b) el Hijo del hombre aparecerá luego ante toda la humanidad ansiosa. Entonces la comunidad cristiana, atenta, se incorporará, preparada para gozar de su liberación. El primer punto es el más desarrollado. Se divide en dos: en el cielo y en la tierra. El v. 11 había anunciado ya los signos del cielo. Se han hecho esperar hasta aquí (v. 12), porque Lucas se niega a acelerar la historia en pro de la escatología. Esta vez se producen en los tres cuerpos celestes distinguidos por la ciencia antigua, el sol, la luna y las estrellas: es decir, se producirán de día y de noche. De día, el sol se velará; de noche, la luna y las estrellas ganarán en intensidad luminosa, de un modo brusco o duradero.

Sobre la tierra, se producirán también signos precursores. El término «angustia» ¿lo entiende Lucas en sentido figurado? ¿O en sentido propio, con lo que «confusión», «inquietud» expresarían el aspecto moral del mismo? Según su costumbre, Lucas conserva los dos sentidos posibles, «agrupamiento / aglomeración» y «angustia», de donde viene la traducción «se congregarán angustiadamente». Las naciones, agrupadas, se sienten aterrorizadas ante el comportamiento del océano. Israel, pueblo de campesinos y no de marineros, ha sentido temor en todo tiempo de las olas y las aguas. Aquí, este temor se torna pánico ante el «estruendo», o «bramido», y la «agitación» del mar.

Viene luego otra fuente de angustia: el temor del futuro. Esta cascada de expresiones confirma la avalancha de los acontecimientos imprevistos y los sentimientos de angustia que provocan. Los humanos están «agotados» (lit. «desanimados», «pierden su hálito vital», «su alma») «por el miedo» y la «espera». Temen lo que va «a pasar», lit. «sobrevénir», en la «superficie de la tierra habitada». Estos temores están plenamente justificados. En efecto, lo que se debe esperar es un estremecimiento cósmico. Aquí no son solo las olas del mar o los elementos terrestres los que se ponen en movimiento, sino también «los poderes celestiales». Aquí, v. 26, como en Hb 12,26-27, es el cielo el que resulta sacudido. Y no solamente el cielo como la parte de la creación visible, sino también las «potencias» invisibles que lo habitan.

Los primeros cristianos compartían diferentes concepciones sobre el final de los tiempos. La más extendida tenía relación con el Hijo del hombre, que se inspiraba en la visión de Daniel (7,13); los creyentes contaban con la aparición súbita, fulgurante y clara del Mesías resucitado que venía entre las nubes del cielo. Esta venida, mencionada aquí en el v. 27, coincide con el juicio de las naciones y la redención del pueblo elegido. Aunque el título «Hijo del hombre» no aparece en ella, es la descripción de Ap 19,11-16 la que mejor sugiere a los lectores modernos lo que los primeros cristianos esperaban con una fe plena de imágenes: la llegada gloriosa de un rey universal que, rodeado de sus tropas angélicas y venido del cielo, iba a restablecer la justicia y la paz.

El término *parousía*, que significa en primer lugar «presencia» y luego «venida», aparece en diversos escritos cristianos desde los orígenes para designar este acontecimiento escatológico. Lo que distinguirá la segunda venida de la primera es el poder y la gloria. Lucas establece un contraste entre la venida de Jesús -desde la cuna a la cruz- marcada por la debilidad y el sufrimiento, y la llegada del Hijo del hombre -tras la resurrección- marcada por el poder y la gloria.

Este párrafo termina con una exhortación de estilo elegante y vocabulario muy selecto (v. 28). Jesús interpela a sus discípulos y les da una orden que es también una promesa. El «vosotros» de la comunidad cristiana queda resueltamente diferenciado del «ellos», es decir, del resto de los «humanos». Estos últimos quedarán horrorizados cuando comiencen los signos (v. 26). Los discípulos, por su parte, indicarán su relación particular con el Dios de la historia y mostrarán a su mediador mesiánico, recuperando el valor (v. 28). Se incorporarán y alzarán sus cabezas, cuando los demás desfallezcan. Al «incorporarse» (v. 28), los fieles se prepararán para participar en la bienaventuranza del Reino. Se prepararán para eso «enderezando» su cuerpo, cuya humillación, opresión y persecución han descrito los vv. 12-19. A continuación se prepararán «alzando» o «volviendo a alzar la cabeza», atreviéndose a mirar, no temiendo hacer frente, sin acobardarse en absoluto.

Puede renacer la esperanza, porque lo que se aproxima nada tiene de horroroso: «porque vuestra liberación se acerca». Nótese el verbo «acercarse» cuyo contenido escatológico es corriente; nótese de igual modo el tiempo presente que subraya la inminencia; obsérvese finalmente el término que significa «liberación» y que es excepcional en Lucas. Para recordar lo que Lucas espera de la salvación -la liberación personal y social, la renovación del cuerpo y el alma, el final de las iniquidades y opresiones, el establecimiento de la justicia y la paz, así como la inversión de las situaciones opresivas- es preciso releer el Magnificat (1,46-55), las

Bienaventuranzas (6,20-26), el discurso misionero (10,6-11) y la parábola del rico epulón y el pobre Lázaro (16,19-31). El término *apolytrosis* designa el rescate, y luego el estado de libertad de un cautivo o de un prisionero de guerra, una vez que se ha pagado ese dinero. En el sentido de «redención», aparece en los escritos del apóstol Pablo, quien no necesita explicarlo (Rm 3,24).

.- Vv. 29-33: Lucas introduce una parábola. Va seguida inmediatamente por una lección que se deduce de ella (v. 31). Como suele ocurrir en el evangelio, la parábola se refiere a temas de la naturaleza y a la experiencia campesina. La higuera ocupa un lugar nada despreciable en la tradición evangélica, particularmente en Lucas. La parábola confirma así la última exhortación del discurso: «Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabéis que el reino de Dios está cerca» (v. 31).

En el v. 32 Lucas cita una sentencia de Jesús que subraya indudablemente la inminencia («no pasará esta generación»). Lo más chocante para Lucas es la mención de «esta generación». Si no se quiere admitir que el evangelista -que se ha opuesto a menudo a la inminencia- se contradice, es preciso sostener que interpreta la expresión «esta generación» probablemente en el sentido de «esta edad». Lo que permanece para Lucas es la interacción de la historia y de la escatología, la atención constante al futuro exigida a los creyentes y la esperanza de un reino de Dios, cuya llegada se asegura.

Para confirmar que Jesús tiene razón y que sus palabras son firmes, Lucas cita esta frase: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (v. 33). La sentencia es ambiciosa en extremo y debe responder más a la convicción de los primeros cristianos que a la del mismo Jesús. Es esta una manera de situar la nueva enseñanza de Jesús, si no por encima, al menos al mismo nivel de la enseñanza antigua de Moisés, considerada como inspirada e incluso eterna.

.- Vv. 34-36: Estos tres versículos pertenecen a una enseñanza moral de Jesús sin paralelo sinóptico. Los consejos y las recomendaciones contenidas en estas sentencias no tienen como misión asegurar una felicidad tranquila, ni promover el progreso del alma; su misión consiste en preparar a los oyentes para un futuro decisivo, cuyo inicio todos ellos ignoran. Esta ignorancia solo puede ser compensada por *una vigilancia constante*. Para demostrar esta preocupación escatológica, basta con señalar entre otras cosas: la expresión «aquel día» (v. 34), el riesgo de la sorpresa («de improviso», v. 34; la palabra «trampa», v. 35), la universalidad del poder definitivo de Dios («sobre todos los que», v. 35), el carácter amenazante («a fin de tener fuerzas para escapar», v. 36) de los acontecimientos finales («de todos estos acontecimientos que van a producirse», v. 36) y la realidad del juicio final («mantenerse de pie ante el Hijo del hombre», v. 36).

Dos verbos de carácter ético dominan, no obstante, la construcción: «tened cuidado» (v. 34) y «velad... en cada instante» (v. 36). Estos verbos exhortan no solo a mantener una actitud digna de Dios, sino a conformar el estilo de vida de cada uno a una historia de la salvación que va a llegar a su final.

El v. 34 define esta elección ética en términos de los que no renegarían los moralistas judíos, ni tampoco los filósofos griegos de la época. Los corazones no deben tornarse pesados, es decir no deben apartarse de su finalidad espiritual. El verbo evoca la pesadez de una digestión difícil, lo que confirman los términos siguientes. El primero (de donde viene la palabra «crápula») designa los «efluvios» del vino, pero también los excesos del segundo término: la «embriaguez» que se torna violenta, y finalmente la «borrachera». El segundo término designa el hecho de embriagarse y el estado del que ha bebido demasiado, la «ebriedad». Por las evocaciones que suscitan, estos términos evocan una vida de desorden y de exceso (el sugerido por Lucas a propósito del rico de la parábola, 16,19). La gente que se entrega a tales excesos concentra su atención en la existencia material. Además, al no tener en cuenta lo que constituye lo esencial, son asaltados «por las preocupaciones de esta vida». Para tales gentes,

el día del Señor, «aquel día», constituirá una sorpresa («venga sobre vosotros de improviso») y los hará caer en la «trampa». Esta descripción de los riesgos en los que incurren los fieles negligentes recuerda la interpretación lucana de la parábola del sembrador (8,14).

El texto insiste también en el carácter imprevisible del fin: todo ocurrirá de improviso. Los culpables correrán el peligro de dejarse atrapar, puesto que en otro lugar ha quedado dicho que el «día del Hijo del hombre», o el Hijo del hombre mismo, vendrá inesperadamente como un ladrón.

.- Vv. 37-38: Lucas concluye con un sumario de su cosecha, cuyo vocabulario es cuidado y preciso. Lucas confirma lo que ha dicho y repetido desde la entrada de Jesús en la ciudad santa: el Maestro enseña allí, e imparte su enseñanza en el Templo. La presencia diurna de Jesús en el área sagrada y la salida de la ciudad por la tarde son datos tradicionales atestiguados por tres testimonios diferentes: Mc 11,15.19.27; Mt 21,12.17.23; Jn 8,1-2 y en este pasaje los vv. 37-38. Sumados estos testimonios constituyen sin duda alguna una información histórica sólida de una práctica de Jesús.

Desde un punto de vista literario, los vv. 37-38 cumplen una doble función. Por una parte y gracias a un sumario, permiten al evangelista dar un alcance general a una enseñanza individual. Por otra, concluyen la primera parte de la estancia de Jesús en Jerusalén y forman con 19,47-48 una inclusión evidente.

Estilísticamente, Lucas ha cuidado la redacción de estas dos frases: para la estancia de noche recurre al verbo con que los griegos indican las noches que se pasan a menudo al raso (lit. «en un patio») o fuera de sus casas; para la llegada matutina del pueblo recurre al verbo que había prevalecido para «madrugar», con el alba, «llegar pronto por la mañana». Lo esencial que Lucas quiere presentar en su resumen es lo siguiente: Jesús enseña en el Templo y pasa la noche en el Monte de los Olivos; el pueblo, deseoso de «escucharlo», sube al Templo al amanecer.